La *parresía*, el señorío de los hijos de Dios

P. Ramiro Sáenz

La *parresía*, el señorío de los hijos de Dios

El libro de los Hechos cuenta que los Apóstoles, luego de Pentecostés, predicaban con ***parresía*** la palabra de Dios (2, 29, 4, 29. 31, etc.). Se lo suele traducir por libertad, coraje, audacia, valentía, y en otros contextos por sinceridad, amistad, familiaridad, confianza, etc. Ninguno de ellos expresa todo su significado. ¿Cual es entonces su sentido originario y preciso?

La palabra proviene del griego παρρησία, y aunque pasa al latín, casi ha desaparecido de sus derivadas modernas o ha perdido su significado original.

Adelantemos que esta palabra, ubicada dentro del lenguaje moral, no designa una virtud. Se refiere más bien a una estado del espíritu, un estado de maduración, de crecimiento, de libertad. Es como el concepto de *abandono* o las nociones bíblicas de *pobreza de espíritu* y *hambre y sed de justicia*. Abarcan no solamente todo un conjunto de virtudes sino también un grado de todas ellas medido respecto a parámetros distintos: sea el apoyo confiado en Dios ante las preocupaciones de la vida, el desprendimiento de las cosas o el deseo ardiente de perfección.

Para ordenar la indagatoria sobre su sentido exacto comencemos por la tradición griega.

I. En el mundo griego

En una primera aproximación, dada por el sentido etimológico, viene de π_ν-ρησις, que designa la acción de declarar y expresar todo, algo así como la libertad de lenguaje.

Entre los griegos tuvo una connotación primera y principalmente vinculada a la moral **social o política**. Era el derecho a expresarse libremente en las asambleas, propio de la democracia: "*Las democracias tienen muchas otras cosas bellas y justas que el hombre honesto debe tener en grandísima consideración, como la* ***parresía***[1] *unida a la verdad, la cual no puede ser impedida de manifestar abiertamente aquello que es verdadero*"[2]. El goce de tal derecho supone la plena ciudadanía, lo cual excluía dos clases de personas: los extranjeros y los esclavos. "*El extranjero, aunque por el nombre sea ciudadano, tiene boca de esclavo y no tiene* ***parresía***"[3]. Por ello fue estimada como uno de los más grandes bienes: "*Para los hombres libres no hay desventura más grande que la pérdida de la* ***parresía***"[4].

También tuvo, por derivación, su puesto en la **vida moral individual**. Puede significar la franqueza. Pero más precisamente se da en el ámbito de la amistad, es propio de la amistad. Sobre esto Aristóteles tiene un párrafo muy significativo. Es necesario, dice, dar a cada uno aquello que le corresponde, por lo tanto es diverso el honor que se tributa a los dioses, a los padres, al filósofo y al militar. Pero "*hacia los amigos y hermanos debe reinar la* ***parresía*** *y*

---

[1] Con riesgo de cansar pondré directamente y en negrita la palabra *parresía* y no las variadas traducciones del término al castellano para que se perciba más claramente su sentido amplio.

[2] Demóstenes, *Oratio* 60, 26."*No se podrá encontrar ... un ideal de igualdad, de* ***parresía****, en una palabra, de sincera democracia, más perfecto que entre los Aqueos*". (Polibio, *Historias* II, 38, 6). "*El hombre democrático es aquel que vive en un estado donde reinan la libertad, la* ***parresía****, la facultad de hacer lo que se quiere*" (Platón, *La República* VIII, 557 b; *Las Leyes* III, 694 b).

[3] Eurípides, *Ion* 673.

[4] Demóstenes, *Fr.,* 21.

compartir todo con ellos"[5]. Para Platón a su vez, los amigos deben mostrarse sabiduría, benevolencia y parresía[6]. Isócrates da esta definición: "*Hay **parresía** cuando a los amigos les es concedido reprocharse abiertamente y a los enemigos echarse en cara recíprocamente los errores*[7]. El mismo Platón atestigua que Sócrates es un ejemplo de tal libertad de espíritu[8]. Para la filosofía de la vida de los Cínicos[9] significaba la libertad moral que sólo tiene el que domina sus pasiones. Diógenes, figura típica del hombre dotado de parresía, se presenta como el "*profeta de la verdad y la **parresía***" a través de la liberación de la tiranía de las pasiones[10]. A la pregunta sobre la cosa más bella entre los hombres, responderá: "*La **parresía**"*[11]. En el hombre dominado por la pasión se transforma en insolencia. Aristóteles, por su lado, le agrega una nota sublime: es propio del "magnánimo" ser *parresiastés* y veraz: "*Como atiende más a la verdad que a la opinión, habla y obra **con parresía** a la faz de todo el mundo"*[12].

En síntesis, en el orden político significa el derecho propio del ciudadano (no del extranjero o esclavo) de hablar públicamente, de manifestar el propio pensamiento; en el orden personal es libertad interior para decir la verdad e incluso el valor y la grandeza de alma de no eludirla aún cuando me encuentre frente a algún obstáculo, es también el clima de sinceridad que debe reinar en la verdadera amistad. El hombre griego, para quien la perfección se lograba en el ámbito de la *polis* (ciudad) no podía dar más alcance a esta noción.

Con la decadencia griega el término adquiere un sentido peyorativo. Puede hablar un extranjero o un ciudadano por igual, puede decirse algo verdadero o simplemente hablar sin trabas en público. "*La ciudad se llena de libertinaje y de **parresía**, y allí se puede hacer lo que se quiere*"[13]. Es decir, en su sentido peyorativo es exceso en la libertad de palabra, cierta impertinencia incluso con los dioses.

II. En el Mundo Cristiano

La Revelación cristiana trajo a la humanidad la apertura de la dimensión trascendente, no solamente como un conocimiento sobre la naturaleza y las obras de Dios sino sobre la vocación del hombre a participar de la naturaleza divina. Esa nueva relación del hombre con Dios, ese enaltecimiento de la existencia cristiana por la gracia es fundamento de transformación interior y nuevas operaciones. Es notable como este salto cualitativo del hombre tiene repercusión en este concepto tan caro a los griegos. Ahora va a ser un concepto análogo que expresará otro estado del espíritu en otra dimensión específicamente cristiana, sobrenatural, que eleva todas las relaciones humanas. Lo que para el griego era la *polis*, para

---

[5] *Etica a Nicómaco*, 9, 2.

[6] *Gorg*. 487 a-e

[7] *Or*. 2, 3.

[8] *Lach*. 188 e.

[9] Escuela que se inicia por el s. V AC y que no puede llamarse estrictamente filosófica porque carece de fondo doctrinal positivo y desprecia todo razonamiento. Era más bien un movimiento de rebeldía contra toda norma social, moral y familiar. Sólo valoraba por encima de todo la virtud (?) y la libertad de espíritu frente a las cosas y las personas.

[10] Luciano, *Filósofos en subasta*.

[11] L. 6, 69.

[12] *Etica a Nicómaco* IV, 3, 28, 1124 b 29.

[13] Platón, *República*, 8, 557 b.

el cristiano será el *Reino de los Cielos*, el lugar donde podrá desplegar toda su perfección. Todos los elementos esenciales que aquellos encontraron en esta noción van a reaparecer superados. Una primera novedad sobre el mundo helénico es que la parresía se atribuye incluso a Dios.

1. En Cristo

En la humanidad de Cristo está el hombre restaurado, el hombre nuevo, el Nuevo Adán que retorna del exilio al Paraíso, su verdadera patria. Por ello Cristo será poseedor de una verdadera y eminente *parresía*.

Ya los textos de los libros sapienciales lo anunciaban proféticamente: "*La Sabiduría grita por las calles, **habla con parresía** por las plazas, no teme hablar en las puertas de la ciudad"* (Prov 1, 20). La parresía de Cristo se manifiesta poco a poco dada la incapacidad de sus coetáneos para comprenderla y asimilarla. En todos los Evangelios se refiere únicamente a Jesucristo y nunca a los discípulos. En los sinópticos aparece sólo una vez y es para marcar un momento clave de su predicación. Luego de confesar Pedro la divinidad de Jesús en Cesarea les hace el primer anuncio de su pasión, y acota el evangelista: "*Hablaba de esto **con parresía**"*, como indicando una novedad (Mt 8, 32). La proximidad a la confesión de Pedro indica que la parresía de Cristo está en relación con la fe de los oyentes, a su capacidad de comprender. En San Juan está vinculado al "secreto mesiánico", a la "hora". Se opone a escondido: "*He hablado **con parresía** ante todo el mundo... y no he hablado nada a ocultas*" (18, 20). Pero hay otro aspecto, y es el del contenido de su prédica. Entonces significa algo así como "claramente" opuesto al lenguaje metafórico de las parábolas: "*Ahora sí que **hablas con parresía** y no dices ninguna parábola* (16, 29). Es decir, conforme los Apóstoles iban siendo capaces de comprender los misterios, Cristo los manifestaba más abiertamente. Con todo, había que esperar a Pentecostés para que la gracia del Espíritu Santo los familiarizara con Dios, les abriera la mente y les diera la plena fortaleza para atestiguar los misterios.

2. En la Iglesia

Cristo es la fuente de toda parresía. Así como les prometió su "*Espíritu*", el "*Espíritu Santo*", con él les comunicará este nuevo ser. En efecto, es recién después de Pentecostés que las Escrituras abundan en esta expresión. Ya no se refieren a Cristo sino casi exclusivamente a la Iglesia naciente en sus frutos más acabados. La parresía representa un estado de excelencia, señorío y libertad del cristiano en general y de los Apóstoles en particular. El Dios que ha revelado Cristo es el Dios todopoderoso y tres veces santo. Que despierta ese temor reverencial por su bondad y santidad, pero que al hombre elevado inspira también cercanía, familiaridad, confianza y amistad. No se trata solamente de la superación del pecado sino también el paso de la condición de "*siervos*", propia del AT, a la de hijos y amigos, propia del NT: "*Ya no os llamo siervos, porque el siervo ignora lo que hace su Señor, os he llamado amigos porque os he revelado las cosas que oí de mi Padre*" (Jn 15, 15); "*No recibisteis espíritu de esclavitud para reincidir de nuevo en el temor; antes recibisteis el Espíritu de filiación adoptiva, con el cual clamamos: ¡Abba! ¡Padre!*" (Rm 8, 15). Está entonces vinculado a la **paternidad** de Dios y a la **amistad** con él. Para ello es necesaria una semejanza, un acercamiento en el ser mismo. Esto es justamente lo que realiza la gracia santificante. Algo que ni sospechó el mundo pagano. Los Padres de la Iglesia, con su lenguaje tan próximo a la Escritura nos han hablado abundantemente sobre el tema.

Ante todo, tal estado es, a diferencia de los griegos, un **don de Dios**. "*La **parresía*** --nos dice un autor-- *la franqueza y altivez con que el sabio, que se sabe superior al tirano, habla a su verdugo, adviene ahora confianza en Dios. La muerte heroica del sabio exalta al hombre; el martirio del cristiano exalta a Dios"*[14]. Ya el Levítico cuenta que el pueblo de Israel, recién salido de la esclavitud de Egipto por la mano de Dios, ha sido ennoblecido y puesto en un estado de libertad, de parresía: "*Yo soy Yahveh, vuestro Dios, que os saqué del país de Egipto, para que no fueseis sus esclavos; rompí las coyundas de vuestro yugo y os hice andar con **parresía***, (en la versión griega de los LXX)" (26, 13). Este don nos viene por la sangre de Cristo, fuente de confianza: "*Teniendo, pues, hermanos, **parresía** de entrar en el santuario en virtud de la sangre de Jesús*[15]*,... lleguémonos con sincero corazón, con plena convicción de fe, purificados los corazones de conciencia mala y lavados los cuerpos con agua pura* (Heb 10, 19. 22). Pentecostés, que produjo en los Apóstoles esa transformación admirable, es justamente el gran don de Cristo. "*Nuestro legislador y Señor Jesucristo, queriendo introducirnos a la gracia divina, no nos muestran un Sinaí envuelto en tinieblas, sino que en vez de la montaña, nos conduce él mismo inmediatamente al cielo que ha hecho accesible a la virtud; luego no nos hace solamente espectadores del poder divino sino que nos hace participar de él y conduce a los que se acercan a una unión de naturaleza con la realidad sobrenatural*"[16]. Este don de Cristo se nos da por el bautismo, inicio tanto de la vida divina como de la parresía. Esto produce un estado de "*libertad"* interior que no es el simple libre albedrío, la libertad psicológica. Es la libertad de los hijos de Dios, atributo divino del que recibimos una participación. "*Habiendose desprendido de todo elemento extraño, es decir de todo pecado, y habiéndose despojado de toda vergüenza de sus faltas, el alma reencuentra la libertad y la **parresía***"[17]. Estado de reyecía y soberana libertad que Dios había concedido ya a nuestros primeros padres y que nosotros reencontramos por la ascensión espiritual. De ahí que si es una falta la presunción de presentarnos ante Dios sin las disposiciones necesarias, lo sea también no sentirnos con derecho a la parresía; sería ignorancia de un don excepcional. "*¿Por qué te presentas delante de Dios agobiado de temor a la manera de un esclavo y torturando tu propia conciencia? ¿Por qué te prohíbes la* **parresía** *que está fundada sobre la libertad del alma, que ha sido desde el principio constitutivo de su naturaleza?* [18]. Este estado interior hacía al Apóstol Pablo osado en su ministerio: "*Por lo cual, aun cuando tengo en Cristo mucha **parresía**, para ordenarte lo que convenga, te ruego más bien a título de amor"* (Fil 8).

Don de Dios pero también una conquista, término de un itinerario. Es el **resultado de una ascesis y purificación**, de un crecimiento, de una restauración de la imagen y semejanza de Dios en el hombre. Es una cierta cumbre, nacimiento del "*hombre espiritual*". O dicho de otra manera, es la libertad interior de los que han vencido al "*hombre carnal*" dominado las pasiones por el crecimiento de las virtudes. Los padres de la Iglesia hablan de dos efectos que aparecen en el alma con la ascensión espiritual: la *"**apatheia**"*[19] y la

---

[14] Jose Lasso de la Vega, *Héroe griego y santo cristiano*, en *Ideales de la formación griega*, Ed. Rialp, Madrid 1966.

[15] En el AT únicamente el Sumo Sacerdote, una vez al año tenía acceso al Santo de los Santos, el lugar más sagrado del templo; en adelante todos los creyentes tienen acceso a Dios por Cristo.

[16] San Gregorio de Nisa, *Tratado sobre la oración dominical*, PG 44, 1137 B.

[17] San Gregorio de Nisa, *Diálogo sobre el alma y la resurrección*, PG 46, 101 D.

[18] San Gregorio de Nisa, PG 44, 1180 A.

[19] En castellano "apatía", con un sentido muy diverso al original griego.

“***parresía***”. La primera es la pacificación de las pasiones, el ordenamiento de la sensibilidad más profunda del hombre, la segunda es la familiaridad con Dios y la libertad de los hijos de Dios. “*El buen trabajador recibe con* ***parresía*** *el pan de su trabajo, mas el perezoso y holgazán no se atreve a mirar el rostro de su amo*”[20]. Los antiguos Padres de la Iglesia lo vinculaban muy especialmente al desprendimiento de todas las cosas y a la virginidad consagrada. Aquel que ha renunciado a sus bienes “*obra con una gran* ***parresía*** *ante los grandes... Habla con* ***parresía*** *sin temer ni temblar ante nadie...”* Las vírgenes a su vez, “*están rodeadas de gloria y de* ***parresía*** *para penetrar con el Rey en la cámara nupcial*”[21]. Vencimiento de las solicitudes desordenadas de la “carne” que es también victoria sobre el “demonio” y el “mundo”, tres enemigos inseparables.

Hay otro aspecto que los antiguos jamás pudieron considerar. Todo el camino espiritual es un **retorno al Paraíso**. Por tanto la parresía es en cierto sentido gozar de ese estado, es la amistad reencontrada, volver a situarse en la condición de Adán y Eva. Ellos vivían un verdadero estado de parresía, indicado en las Escrituras en ese trato familiar con Dios, que *se paseaba por el jardín* (Gen 3, 8). En contraste, luego del pecado se esconden porque ahora le “*tienen miedo”* y vergüenza a Dios por la mala conciencia (Gen. 3, 7. 10). Ambas cosas, temor y vergüenza, corrige la parresía: la primera por la amistad y la segunda por la inocencia[22]. En un texto de gran precisión y belleza, San Gregorio de Nisa relaciona el bautismo al Paraíso: “*Tu nos habías echado del Paraíso y tu nos has vuelto a llamar allí; tu nos has despojado de las hojas de higuera, ese vestido miserable, y nos has revestido de una túnica honorable... Desde ahora Adán, cuando tú lo llames, no tendrá más vergüenza ni, por los reproches de su conciencia, se esconderá más disimulandose bajo los árboles del Paraíso*”[23].

3. Los grandes paradigmas de la parresía

La tradición no ha dejado de observar algunos modelos ya presentes antes de Cristo. Ante todo Adán. El era propiamente el hombre de la amistad con Dios no empañada por nada y en el marco de los dones preternaturales[24]. “*Lleno de la virtud divina por la bendición de Dios, el hombre estaba elevado en dignidad: él había sido puesto para reinar..., estaba por naturaleza sin pasiones desordenadas (“apatheia”), era en efecto una copia del Impasible, estaba lleno de* ***parresía****, gozando de la visión divina misma cara a cara”*[25]. Abraham, que conversaba familiarmente con Dios y es llamado por él “*mi amigo Abraham* (Is 41, 8)[26]. Lo fue también Moisés, “*a quien Yahveh trataba cara a cara*” (Dt 34, 10) “*como habla un hombre con su amigo*” (Ex 33, 11) y fue capaz de aplacarlo cuando estaba airado con su pueblo. Elías, cuya palabra “*abrasaba como antorcha*” (Eclo 48, 1) y afronta las amenazas de

---

[20] San Clemente Romano, *Carta a los Corintios*, 34, 1.

[21] San Juan Crisóstomo, *Tratado sobre la virginidad*, SC 125, p. 274. 380. 382.

[22] Daniélou, Jean, *Platonisme et théologie mystique*, Ed. Montaigne , Paris 1944, p. 112.

[23] *Tratado sobre la virginidad*, PG 46, 600 A.

[24] Son los dones agregados a la naturaleza como los de *impasibilidad* (o capacidad de no padecer), de *integridad* (o de no tener movimientos interiores desordenados de la carne ni del espiritu), *inmortalidad*, *sabiduría infusa* en el clima del paraíso terrenal.

[25] San Gregorio de Nisa, *Gran catequesis*, VI, 10. Vid. también San Atanasio, *Contra los gentiles*, II, PG 25, 8 ab.

[26] San Juan Crisóstomo, *Sobre la incomprehensibilidad de Dios*, 4.

un reino infiel a Dios[27]. Todos los profetas del AT se destacan justamente por esa libertad y valor de la verdad en tiempos difíciles de Israel. San Juan Bautista, que "*saltó de gozo*" en el seno de su madre con la visitación (Lc 1, 45), reprobó libremente el adulterio de Herodes (Mt 14, 3-5) y con su audaz predicación "*preparó los caminos del Señor* (Lc. 1, 76). Pero sobre todo de la Santísima Virgen[28], la "*llena de gracia*", que intimó con la misma Trinidad en una relación única y mostrará una silenciosa valentía al pie de la cruz. Luego de Pentecostés será una nota distintiva de toda la Iglesia naciente, especialmente en los Apóstoles.

III. Doble faceta de la parresía

1. Respecto a Dios

La visión trascendente del cristianismo amplió la cosmovisión griega de la parresía en otro aspecto. Para el cristiano, ciudadano libre del *Reino de Dios*, *hijo* y *amigo de Dios* tiene ante todo **relación a Dios**. El inicio de la vida de gracia en el alma, ese nacimiento espiritual, marca el ingreso en el "*Reino de los cielos*". Ya no es la pertenencia a la "*polis*", a la ciudad, para el griego, sino a la misma vida de la Santísima Trinidad. Dicho con magníficas expresiones de San Pablo: Cristo *"nos ha sacado del dominio de las tinieblas y nos ha trasladado al Reino del Hijo de su amor*" (Col 1, 13); por tanto, "*ya no sois extraños ni forasteros, sino conciudadanos de los santos y familiares de Dios*" (Ef 2, 19). Ni esclavitud ni extranjería sino ciudadanos plenos de un Reino trascendente. Tal ciudadanía y familiaridad con Dios, impensable para los paganos, es una novedad cristiana. Ha sido adquirida para toda la humanidad por la pasión de Cristo y se inicia en nosotros por el bautismo. Cristo es entonces el fundamento de la parresía del cristiano, como exhortará San Pablo: "*Lleguémonos, entonces,* ***con parresía*** *al trono de la gracia* (Heb 4, 16).

Esta nueva relación está íntimamente vinculada a la vida teologal. Primeramente a la fe, por la que ingresamos en los misterios divinos, pues nos acercamos primeramente creyendo: "*En quien* (Cristo)*, por la fe en él, tenemos* ***parresía*** *y confiado acceso* (al Padre)" (Ef 3, 12). Que cuando crece aumenta esa familiaridad con Dios: "*Mucha* ***parresía*** *en la fe"* recomendaba San Pablo a Timoteo (1 Tim 3, 13). Luego tendiendo hacia los bienes eternos como nuestra meta final, se templa el corazón del creyente: "*Teniendo, pues, una tal esperanza, hablamos* ***con parresía****"* (2 Cor 3, 12). Finalmente, el ingreso en el Reino de Dios, de su intimidad por el amor, es comenzar a conocer por experiencia y ensancharse el corazón para que ya "*nada nos aparte del amor de Cristo*" (Cfr. Rm 8, 39).

La nueva situación en que se encuentra la criatura ha tenido origen en el lavado de los pecados, obrada por el bautismo, y un camino de purificación. Sólo la mala conciencia, el pecado, nos hace perder esa amistad y familiaridad. La parresia que los antiguos concedían al filósofo, al sabio o al prudente, ahora toma otra perspectiva. Es el justo, el santo, quien puede gozar de ella. Ya los viejos libros sapienciales advertían que para el día del juicio: "*Estará entonces el justo* ***con parresía*** (Sab 5, 1); por otro lado, "*El justo aborrece la palabra mentirosa, el impío infama y no tendrá* ***parresía*** (Prov 13, 5). Esa tranquilidad de conciencia, de cumplir sus mandamientos, nos da la seguridad y el inefable gozo de ser bien acogidos por Dios. Los amigos de Job le recomiendan que se humille y reconozca sus pecados, "*entonces estarás* ***con parresía*** *delante del Señor alzando los ojos al cielo con alegría*" (Job 22, 26). O con similares palabras del NT: "*Y ahora, hijitos, permaneced en él, para que, cuando se manifieste,* ***tengamos parresía*** *y no quedemos avergonzados lejos de él en su Venida" (ibid*

---

[27] San Juan Crisóstomo, *Cartas a Olympias*, 10, 3.

[28] San Epifanio de Salamina, *Hom. 5 in Laudes Sancta Maria Deipara*, PG 43, 501 b.

2, 28). Sobre todo en el mártir, que se presenta con su propia sangre, como atestiguó San Justino en el siglo II ante los interrogatorios: "*Nuestro más ardiente deseo es sufrir por amor a nuestro Señor Jesucristo para salvarnos, pues este sufrimiento se nos convertirá en motivo de salvación y* ***parresía*** *ante el tremendo y universal tribunal de nuestro Señor y Salvador*"[29]. Los antiguos padres del desierto advertían sobre la nocividad de la tristeza y los malos pensamientos: "*El espíritu que se acostumbra a malos e impuros pensamientos pierde toda* ***parresía*** *ante Dios*"[30]. O con palabras de San Juan: "*Carísimos, si el corazón no nos condena,* ***parresía*** *tenemos ante Dios, y cuanto le pidamos lo recibimos de él porque guardamos sus mandamientos y hacemos lo que le agrada*" (1 Jn 3, 21-22). A su vez el gran doctor de occidente, San Gregorio: "*Es necesario no tener la audacia de contemplar a Dios antes de haberse hecho por su vida digno de una tal* ***parresía***"[31]. Esto nos introduce en otro tema que le está vinculado, la oración.

Semejante elevación de toda la existencia cristiana por la gracia de la adopción hace nacer esa exigencia de trato de amigos que se llama **oración**. Todo el clima de la verdadera oración es el de la parresía. Nuestras buenas obras, nuestra tranquilidad de conciencia y sintonía con la voluntad de Dios nos dan esa confianza. Como nos atestigua el texto de una de las más antiguas homilías de la historia: "*Permanezcamos, pues, justos y santos, en lo que creímos, a fin de que con* ***parresía*** *podamos suplicar al Dios que dice: 'Cuando aun estés tú hablando, diré: Heme aquí presente (Is 58, 9)*"[32]. Así definía justamente la oración la gran doctora de la Iglesia, Santa Teresa: "*Es tratar de amistad con quien sabemos que nos ama*"[33]. Familiaridad que le daba esa santa audacia tan típica suya. Como aquella vez que le mandan dejar todo al comienzo de la reforma y ella se dirige al Señor con estas palabras: "*¡Señor! Esta casa no es mía; por Vos se ha hecho; ahora que no hay nadie que negocie, hágalo vuestra Majestad*"[34]. Esto da a la oración cristiana toda su eficacia pues la presencia del Espíritu Santo asegura pedir conforme a la voluntad de Dios: "*Y esta es la* ***parresía*** *que tenemos con él: que si alguna cosa pidiéramos según su voluntad, nos escucha"*(1 Jn. 5, 14). Comunicación de alma y de pensamientos que casi no necesitan palabras, como Jesús y su Madre en Caná: "*Haced lo que él os diga*" (Jn. 2. 5). Justamente la oración por excelencia que es el Padrenuestro, expresa ese casi atrevimiento humano de llamar a Dios Padre, como decía San Gregorio de Nisa: "*¡Qué alma es necesario tener (para animarse a llamar a Dios: Padre), qué conciencia, qué* ***parresía****!* "*Tú ves qué preparación es necesaria para que nuestra conciencia habiéndose elevado hasta esta altura de* ***parresía*** *nos atrevamos a decir: ¡Padre!"* [35]. De allí la introducción que en la liturgia de la Misa ha mantenido la Iglesia: "*Nos atrevemos a decir... Audemus dicere...*". "*Ese poder del Espíritu que nos introduce en la oración del Señor* --nos dice el Catecismo de la Iglesia Católica-- *se expresa en las liturgias de oriente y occidente con la bella palabra, típicamente cristiana:* ***parresía****, simplicidad sin desviación, conciencia filial, seguridad alegre, audacia humilde, certeza de ser amado*"[36].

Tal parresía no se agota en la tierra sino que llega a su plenitud en el cielo, como se

---

[29] Ruiz Bueno, D., *Actas de los mártires*, Ed. BAC, Madrid 1968, p. 315.

[30] Máximo el Confesor, *Centurias sobre la caridad*, I, 50. 68.

[31] PG 44, 496 B.

[32] *Carta segunda de San Clemente*, 15, 3.

[33] *Vida*, 8, 5.

[34] *Vida*, 36, 17.

[35] PG 44, 1140 C y 1141 D.

[36] Nº 2778.

admiraba San Juan Crisóstomo: "*Las almas de los mártires, en efecto, gozan de una gran* ***parresía****, no sólo en la vida sino también después de la muerte, más aún, sobre todo después de la muerte. Efectivamente, ahora tienen los estigmas de Cristo*"[37].

Este estado del alma, esta capacidad de acceder a Dios guarda una especial relación al **sacerdote**, pues es el "*hombre de Dios*", el que como Moisés está ante el Señor aplacándolo e intercediendo por su pueblo. Aquel episodio de rebeldía de Israel, al pie del Sinaí (Dt 9, 8, Ex. 32, 7-8), cuando Moisés bajando intercede por su pueblo, hace exclamar admirado San Clemente: "*¡Oh caridad grande! ¡Oh perfección insuperable! El siervo habla* ***con parresía*** *a su Señor, pide perdón para la muchedumbre o exige que se le borre también a él juntamente con ellos*"[38]. Con mayor razón el sacerdote del NT. Así lo enseñaba aquel gran predicador español, San Juan de Avila: "*Quiere el Señor que, aunque el pueblo con su mala vida esté tan atemorizado de Dios que ni ose comparecer delante de él ni alzar los ojos al cielo, que su sacerdote, con la limpieza de la vida, con la familiaridad amigable y trato particular entre él y el Señor, no esté derribado con el temor como los otros, mas tenga una santa osadía para estar de pie y llegar al Señor a suplicarle, importunarle y vencerle*"[39]. No es irreverencia presuntuosa con Dios, como si fuera un igual, sino confianza amorosa.

2. Respecto a los hombres

Esa penetración y asimilación de los misterios divinos, esta restauración en nosotros de la "*imagen y semejanza"*, este dominio sobre las pasiones ("*apatheia"*), da una **nueva luz** sobre las cosas y un **señorío sobre el mundo**: "*Reinan sobre la tierra*" dice el Apocalipsis (5, 10). Es el segundo aspecto de la parresía.

Una primera manifiestación de este nuevo estado aparece en el **testimonio de la verdad divina**. La fe, más aún, la intimidad con Dios, con Cristo, me hace de alguna manera testigo. Crea la necesidad interior de dar testimonio de las cosas de Dios: "*No podemos callar lo que hemos visto y oído"* (Hech 4, 20), responden los Apóstoles cuando se les quiere impedir la predicación. El libro de los Hechos lo vincula especialmente a la predicación, a la fuerza y eficacia de la palabra. Eso pedía San Pablo a los cristianos en su oración como un imperativo del misterio y una exigencia de su corazón: "*Para que al hablar se me pongan palabras en la boca con que anunciar con* ***parresía*** *el misterio del Evangelio,... a fin de que halle yo en él fuerzas para anunciarlo* ***con parresía****, como es razón que yo hable* (Ef. 6, 19-20). Origen del auténtico celo apostólico que hacía confesar llena de entusiasmo a Santa Teresa que "*se querría meter en mitad del mundo por ver si pudiese ser parte para que un alma alabase más a Dios... y ha gran envidia a los que tienen libertad para dar voces, publicando quién es este gran Dios de las caballerías"*[40]. Con luces incluso para convencer a los extraviados: "*Paréceme a mí que contra todos los luteranos me pondría yo sola a hacerles entender su yerro*"[41].

Esto supone, por un lado, una especial penetración de los misterios divinos, un conocimiento de las cosas de Dios por cierta experiencia, cierta connaturalidad. "*Conocimiento afectivo*", lo llamaban los medievales: "*Considerando la* ***parresía*** *de Pedro y*

[37] San Juan Crisóstomo, *Homilía sobre los santos martires Bernice y Posdocen*, PG 50, 640.

[38] *Carta* 53, 5.

[39] *Pláticas*, 2; ed. BAC, tomo III, p. 391.

[40] *Moradas* VI, 6, 3.

[41] *Cuentas de conciencia* 3, 8.

Juan en hablar, y sabiendo que eran hombres sin letras y gente vulgar, se maravillaban" (Hech 4, 13). También es sincera amistad con los hombres, sobre todo del sacerdote que se siente "*padre*" (2 Cor 6. 13), tal como el Apóstol Pablo en medio de una reprimenda a los Corintios: "*Mucha es la* ***parresía*** *que uso con vosotros*" (2 Cor 7, 3).

Pero hay otro aspecto vinculado a este concepto: la valentía. El "*demonio*", el "*mundo*" y la "*carne"* son opuestos al Evangelio y ponen obstáculos a la predicación. Cuesta hablar de la virtud que no poseo y reconocer el defecto manifiesto. Cuesta tanto corregir un amigo como un reacio. Es fácil la tentación de buscar "*agradar*" a los hombres. Señorear sobre sí mismo y las amenazas, peligros, obstáculos y tentaciones del mundo, aun a costa de la propia vida, de manera que no hagan rebajar la verdad divina, eso es propio de la parresía. Santa Teresa contaba de sí misma que luego de una gracia muy especial, "*quedóme un señorío contra ellos* (los demonios que la acosaban), *bien dado del Señor de todos, que no se me da más de ellos que de moscas*"[42]. Significa por ello también **fortaleza**. En efecto, ese sustento en Dios es lo que explica ambas cosas. Por un lado la participación en la ciencia divina. Por otro, la esperanza le ensancha el corazón para desear algo infinitamente grande. Y, "*al hombre que anhela cosas grandes le parece pequeño lo que no es tan grande. Así, nada hay arduo con respecto a la esperanza para el que espera la bienaventuranza eterna*"[43]. Por ello nada de lo que en este mundo es temible lo es para él, ciudadano del Reino de Dios. Ya Aristóteles había notado que la parresía era propia del magnánimo. Justamente la esperanza cristiana, el arraigo en la eternidad es la capaz de engendrar la verdadera magnanimidad, como observaba arriba Santo Tomás. En otros términos, nos hace capaz del **martirio**. Palabra que significa justamente sus dos facetas: es "testimonio" (de Cristo) por un lado (la palabra "*mártir*", del griego, significa "testigo") y es fortaleza hasta la muerte por el otro. En medio de las más duras pruebas, el autor de la carta al los Hebreos les decía: *"No perdáis vuestra* ***parresía*** *que lleva consigo una gran recompensa*" (10, 35). El obispo mártir San Policarpo, así respondía al procónsul romano que lo interrogaba: "*¿Por qué me fuerzas a jurar por el César? ¿Es que no conoces acaso mi religión?* ***Con parresía*** *te lo digo: Soy cristiano"*[44]. Libertad de espíritu frente a los grandes de este mundo, como la de Teresa de Calcuta pidiéndole al presidente Clinton los niños que haría matar por la ley del aborto, o la de Juan Pablo II hablándole a Fidel Castro y todo su *staff* del sentido trascendente de la vida y el verdadero concepto de libertad política. Es entonces lo que permite el triunfo del cristiano frente al mundo y el demonio.

Los Hechos de los Apóstoles nos dan a conocer ese primer tramo de la historia de la Iglesia, marcada por el sentido sobrenatural y el heroísmo, desde el primer discurso de San Pedro: "*Hermanos, permitidme que os diga* ***con parresía****...*" (Hech 2, 29); en los interrogatorios del Sanedrín, todos se admiraron de "*la* ***parresía*** *de Pedro y Juan*" (4, 13). Ante la persecución, la Iglesia primitiva unida a los Apóstoles pide la parresía: "*Y ahora, Señor, ten en cuenta sus amenazas y concede a tus siervos que puedan predicar la Palabra* ***con parresía****...* (4, 29). Acabada la oración quedaron llenos del E. Santo "*y predicaban la palabra de Dios* ***con parresía*** (4, 31). Lo mismo en San Pablo. Luego de su conversión Bernabé cuenta a los Apóstoles que había "*predicado* ***con parresía*** *en Damasco*" (Hech 9, 27); junto con aquel, en Antioquía ante la persecución de los judíos "*dijeron* ***con parresía****"* (Hech 13, 46). La misma actitud ante el rey Agripa: "*Bien enterado está de estas cosas el rey, ante quien hablo* ***con parresía*** (Hech 26, 26) e incluso así concluye el libro de los Hechos

[42] *Vida*, 25, 21.

[43] Santo Tomás, *Suma Teologica*, II-II, 17, 2 ad 3.

[44] Ruiz Bueno, D., op. cit. P. 272.

refiriéndose a Pablo: "*Predicaba el Reino de Dios y enseñaba lo referente al Señor Jesucristo* ***con parresía****, sin estorbo alguno* (28, 31). Es decir, la obra del Espíritu Santo en Pentecostés produjo en poco tiempo frutos admirables de santidad. Estos se manifiestan en esa libertad de espíritu, lucidez, coraje, señorío en el testimonio de Cristo. Tal como su maestro lo había hecho poco antes.

Este nuevo aspecto de la parresía está en especial sintonía con el sacerdote y su ministerio. En efecto, él tiene por misión no sólo intimar con Dios y saborear sus misterios sino también tratar con los hombres y arrancarlos del mundo y del demonio. Debe por tanto predicar sólo a Cristo y no a sí mismo. No dejarse llevar por sus pasiones, sean de simpatía, antipatía, desánimo o ira. No es usar la verdad como un arma para golpear sino para convencer y convertir. No es descargar un corazón agrio, triste o agresivo sino entusiasmar por el Reino de los Cielos. Tampoco es callar o disminuir la verdad para no desagradar o por respeto humano. Es la capacidad de las audacias prudentes, es el sereno, lúcido y valiente testimonio, en obras y palabras, capaz de arrancar del pecado y redimir. Esto no es fácil. Debe incluso exponer la propia vida como el Bautista. No es dureza ni pasión sino fuego del Espíritu Santo capaz de encender el mundo. Es la luz divina que brilla y se expande sin obstáculos, como Cristo resucitado, superando todas las barreras humanas.

Pbro. Ramiro Sáenz